

JOSEP M. SUBIRACHS

Antoni Gaudí, arquitecto

Gaudí tiene, sin duda, las características del genio. Genio es el artista que no solamente representa a su época, sino que además anuncia lo que vendrá. Miguel Ángel prebarroco, Rembrandt prerrománico o Goya preexpresionista, son claros ejemplos de estos pocos creadores que aceleran el curso de la historia. En Gaudí encontramos de una manera más o menos embrionaria muchas de las innovaciones de la plástica del siglo XX. Además, aunque Gaudí es históricamente un modernista, en una visión más amplia es un presurrealista y muchas de sus obras, especialmente a partir del 1900, podrían ser consideradas acabados ejemplos de surrealismo: los finales de las torres de la Sagrada Familia, la escultura blanda y viscosa de la fachada del Nacimiento, las estrellas de la Vía Láctea esculpidas en piedra y las formas óseas del mismo templo; la sala hipóstila del Parque Güell; el dragón de hierro de la finca Güell, las "tibas" de la casa Batlló, así como el lago vertical de su fachada y el dragón del tejado, y finalmente los "guerreros" fosilizados de la azotea de la Pedrera, son las únicas realizaciones monumentales de lo que ya podríamos denominar surrealismo.

Como arquitecto, Gaudí lleva a sus últimas consecuencias las estructuras resultantes de los materiales resistentes a la compresión. Con la inclinación de los soportes, con los arcos catenarios o con la continuidad del muro-tejado, resuelve de manera definitiva la transmisión de las cargas de las cubiertas directamente al suelo.

Las características columnas inclinadas, que a primera vista podrían parecer el capricho de un excéntrico, son precisamente el resultado de un estudio muy preciso, cuya finalidad es que la presión de los arcos y de las bóvedas quede totalmente absorbida en las columnas, sin que se precisen gruesas paredes, contrafuertes o arbotantes.

Si éste es el último peldaño de la arquitectura tradicional, es por agotamiento de este tipo de construcción y por las formas que de ella resultan, el inicio de la nueva arquitectura fruto del uso de materiales continuos. Materiales que como las estructuras metálicas o de hormigón armado han permitido, en nuestro

siglo, cubiertas de una boca de luz de amplitud nunca lograda hasta el momento. Así pues, Gaudí no solamente hace de puente entre dos siglos, sino también entre dos maneras de construir.

Otra de las características del Gaudí arquitecto es el uso de superficies curvas que, si bien están de acuerdo con las formas típicas del modernismo, son empleadas para aumentar la resistencia como en el pabellón-escuela de la Sagrada Familia. Pero hay que destacar especialmente la utilización de las superficies alabeadas: los célebres paraboloides hiperbólicos (superficies curvas regladas). Estas formas de gran ductilidad dan a los espacios arquitectónicos una extraordinaria flexibilidad y permiten a la luz resbalar por la continuidad de sus superficies sin el corte de las molduras.

Como escultor encontramos los ejemplos más extraordinarios en la casa Milà, y muy especialmente en las chimeneas, bocas de ventilación y accesos a la azotea. Esta azotea, construida entre 1906 y 1910, que tiene como precedente remarcable los coronamientos del Palacio Güell de 1886, es un verdadero museo de esculturas abstractas al aire libre. Las formas en espiral de la azotea coinciden con las realizaciones futuristas. Sus hierros nos hacen pensar en la importancia que más tarde tuvo este material en Gargallo y Julio González. El paraboloides hiperbólico constante en Gaudí nos recuerda el empleo que Pevsner hizo mucho más tarde, a partir de los años 30, de esta forma geométrica. La fachada, con el juego de sus concavidades y convexidades, produce un efecto plástico que no volveremos a encontrar hasta los años 40 en Henry Moore. Es digno de tener en cuenta el uso que hace Gaudí de técnicas tan poco ortodoxas como los vaciados hechos directamente del natural que nos recuerdan a los hiperrealistas o a los artistas del pop-art y el empleo de la fotografía para estudiar el volumen de las esculturas o para invertir la imagen de la sorprendente maqueta hecha con cordeles y saquitos de perdigones. Esta maqueta le sirvió para encontrar de una manera analógica, la inclinación de los soportes de la capilla de la Colonia Güell en Santa Coloma de Cervelló. Sería difícil encontrar en la historia de la arquitectura, sobre todo considerando que este edificio está aún



JORDI BARBA

dentro del sistema de construcción pétreo, un ejemplo tan definitivo de estructura homogénea. Tanto su planta como sus alzados hacen pensar en la perfecta anatomía de un ser orgánico.

Gaudí sentía un afecto especial por la piel de sus obras; esto hizo que la riqueza de texturas sea extraordinaria. En los elementos ya mencionados del terrado de la casa Milà se puede observar el contraste de superficies mates y brillantes, ya sea en las concavidades o convexidades o en el original recubrimiento de la parte alta de las chimeneas con cristales de botella.

Esto nos lleva al Gaudí pintor, con el muro de la iglesia de la Colonia Güell recubierto con escoria de fundición, que se anticipa a las texturas brutalistas del que más adelante, después de la segunda Gran Guerra, se llamará pintura informalista. Pero allí donde el Gaudí pintor es más sobresaliente es en el Parque Güell, proyecto de ciudad jardín y que dejó

inacabado como tantas obras de nuestro arquitecto. Allí el banco ondulado, tal vez la pintura abstracta más larga del mundo, junto con otros elementos del mismo parque, como los rosetones de la sala hipóstila o las paredes y cubiertas, las almenas y las cúpulas de los pabellones de la entrada, son una muestra sorprendente de composiciones abstractas con una impresionante riqueza policroma y textural. En estos recubrimientos podemos ver una de las innovaciones técnicas de la plástica del siglo XX, acaso la única técnica verdaderamente nueva del arte moderno: el collage. El collage fue utilizado por primera vez y de una manera exhaustiva por Gaudí, como podemos ver en sus mosaicos realizados con platos, tazas, trozos de botella, muñecas de porcelana o baldosas rotas.

Antonio Gaudí empezó en 1906 su obra maestra, la casa Milà, pero precisamente en este mismo año nacia en Cataluña un movimiento de signo contrario al modernismo que, con Eugenio d'Ors a la cabeza, adoptó el nombre de "noucentisme".

Gaudí quedaba cada vez más aislado y se recluyó en la Sagrada Familia que, como la tumba de Julio II para Miguel Ángel, le persiguió toda su vida desde los treinta años y que también como el Buonarrotti, dejó inacabada. Es curioso constatar que es también en esta edad cuando Ramón Llull, otro personaje de la talla de Gaudí, emprende su labor creativa. En sus últimos días fue considerado por los noucentistas y más tarde por los vanguardistas de Gacpac como un personaje excéntrico, intemporal, una pura curiosidad, incluso un mal arquitecto. Hasta que ya desaparecido (falleció en 1926), las corazonadas clarividentes de Salvador Dalí pusieron un acento apasionado sobre su nombre.

A pesar de los dramáticos días de 1936, en que se destruyeron parte de la Sagrada Familia, los planos y las maquetas, y de que una vez acabada la Guerra Civil, el nuevo régimen no simpatizaba con el recuerdo del artista por su catalanismo, Gaudí es hoy en todo el mundo considerado como uno de los grandes creadores de los últimos tiempos y su obra pertenece al patrimonio de la humanidad. Lástima que su figura, ahora que ha logrado el reconocimiento universal, sea motivo de beato encasillamiento. ●